



NOTA INTRODUCTORIA

Este libro comienza en septiembre de 2019 con un mensaje de Pablo Velasco. Le había sido encargada la dirección de *El Debate de Hoy* y tuvo la gentileza de ofrecerme una colaboración mensual. Me propuso continuar por los derroteros de *Confesiones de un padre sin vocación*. Agradecí, acepté y durante dos años mandé con puntualidad las líneas. Luego *El Debate de Hoy* se redujo a *El Debate*, Pablo volvió a sus anteriores menesteres y yo quedé sin menester.

Entonces llamó Julio Llorente para decirme que aquel trabajo merecía papel y que estaba dispuesto a proporcionárselo. Y como a Julio hay que darle la razón incluso cuando se equivoca, agradecí, acepté y me comprometí a mandar los textos en cuanto los hubiera corregido sanguinariamente. Al final la corrección ha devenido reescritura: la periodicidad no permitió entonces el juicio del cajón, mucho más fiable que los euforizantes vapores que emanan de los puntos finales cuando están al rojo vivo.

En resumen, *Niños apocalípticos* lo componen veintidós textos; versiones de veintiuno de ellos fueron publicados en *El difunto Debate de Hoy* entre octubre del 2019





y septiembre del 2021. Muchos de ellos han quedado irreconocibles. Ninguno ha salido intacto. El de la Rodius es inédito.

Agradezco a Pablo la confianza, a Julio el apoyo, a mi familia la inspiración y la paciencia. Ojalá las palabras que siguen no los defrauden del todo.





1

GUAPA

A Ramón Eder, naturalmente.

Yo no me casé por gusto, sino porque me gustaba mi mujer. Y me gustaba en el sentido más epidérmico; me gustaba su exterior, su envoltura, su cáscara, lo que de ella era apreciable por estar a luz del día. No digo que otros no puedan enamorarse del interior –un páncreas bien amarillo o unos riñones simétricos tendrán su aquel–, pero yo, que estoy incapacitado para ponderar esas cavernidades, me tuve que enamorar de lo que veían estos ojos; ojos que, dicen, habrá de tragarse la tierra, como habrá de tragarse –primero el tiempo y después la tierra– todo aquello que me gustó de mi mujer. En otras palabras, me enamoró lo que en ella había de más superficial y efímero.

Y esa belleza suya era subjetiva en tanto que residía en un sujeto, pero, al mismo tiempo y sobre todo, objetiva, pues resultaba unánime, axiomática, muy por encima de cualquier controversia. Había algo en ella incluso sinestésico, algo musical. Sobre el papel era una cuestión de armonía, proporciones y delicadeza en el rostro, así como



en los demás volúmenes que la constituían y contra los que la luz, como una mosca contra un cristal, chocaba, rebotaba y volvía a chochar. La luz se inmolaba en ella y la hacía felizmente visible, se daba de bruces contra ella demostrando su bendita opacidad. (Dios mío, te doy gracias por todo aquello que la luz no atraviesa.)

Aunque muy especialmente, su belleza radicaba en un *je ne sais quoi* que hasta un ciego vería pero que ningún esteta alcanzaría a definir. Siempre ignoré la fuente de ese *non so ché*, de esa gracia: tal vez proviniera de lo que llaman personalidad –si tal cosa existe, que lo dudo–; puede que de alguna virtud que guardara dentro y se reflejara fuera... Quizá del alma –si es que seguimos teniendo alma; aunque, por las apariencias, juraría que ella sí, al menos ella sí–. En cualquier caso, esa gracia insistía en su totalidad de forma sostenida y visible, prendía su belleza hasta darle la cualidad de lo incandescente.

Y si hablo en pasado es un poco por fastidiarla; también por darle la razón, pues sostiene que, aunque soy parco en piropos, aún debería serlo más. Se lamenta de que tengo algún defecto de fábrica por el cual los piropos me salen desconcertantes y conceptuosos, temibles. Y reconozco que, en el caso que nos ocupa, lo más acorde a los hechos habría sido utilizar el presente en los párrafos de arriba. Pero como lo escrito escrito está, y por tanto difícil remedio tiene, volvamos al pasado, más concretamente al pasado verano.

Agosto despuntaba cuando topé con los aforismos de Ramón Eder, un escritor navarro, afincado en el País Vasco y dedicado desde hace tiempo al género de breverías. Bastó hojear *La vida ondulante* para saber que sería lectura digna de ritual. 45 minutos antes de que



Guapa

atardeciera, espoleaba a los niños y pasaba un litro al congelador para que fuera vistiéndose de novia. Cuando el sol estuviese debilitado, naranja, a punto de claudicar, los niños debían estar despachados, el vaso sudando y los pulmones expectantes, suplicantes a la vista de los cigarros alineados sobre la mesa. Entonces, sentado al poniente y predispuesto al «erotismo de la inteligencia», alargaba la mano, tomaba el volumen de Ramón Eder y dedicaba una hora, la hora prodigiosa de la luz póstuma, a rumiar una docena, no más, de sus «enormes minucias». Crepúsculo, cerveza, aforismos y tabaco.

Hasta un día en que subrayé, luego redondeé y luego puse dos asteriscos a uno que rezaba: «Los hijos de las madres muy hermosas son siempre melancólicos». Cerré el libro, di una calada con el diafragma para decir amén y pensé en mis varones, tan pequeños y abocados a la melancolía. Qué exactitud, aplaudí. Pero entonces algo ensombreció mi entendimiento: Tal vez demasiada exactitud. Y acto seguido: A ver si este norteño que escribe frasesitas conoce a mi mujer y voy a ser el último en enterarme.

Por supuesto me consta que hay madres guapas, muchas, incluso en el País Vasco; no cabe duda, por tanto, de que el señor Eder se habrá cruzado con alguna que otra. Ahora bien, para inspirar ese aforismo con tanta precisión, diría que ninguna salvo la madre de mis melancólicos hijos. Y, desde luego, Matilde no tiene la obligación de decirme a quien conoce ni deja de conocer, pero resultaba sospechoso que lo callara cuando llevaba días asaetándola con mis subrayados del librito.

A pesar de tener la pregunta formulada e inquieta en la punta de la lengua, me la tragué, varias veces; primero,



porque no habría soportado una mentira, y segundo, por miedo a la verdad. Y en un silencio que no hacía sino acrecentar mis recelos, acabé *La vida ondulante* y me abalancé por el siguiente, y después por otro, y así hasta llegar a *Cafés de techos altos*, el último de los publicados por el caballero hasta la fecha. De modo que, a día de hoy, no ha habido uno solo de sus renglones –tan insulares, tan henchidos de importancia– del que no haya sospechado con la meticulosidad de un exégeta.

Así fue que encontré la confirmación en el tercer aforismo del apartado quinto de *El cuaderno francés* incluido en *Aire de comedia* publicado por Renacimiento en el año 2015. Allí se lee: «Las mujeres muy bellas crean a su alrededor un sentimiento de irrealidad». Ni por un segundo me engañó el plural y esas once palabras echaron por tierra mis últimas esperanzas de estar equivocado. «Las mujeres muy bellas...», dice, en plan genérico. ¡Anda ya, hombre! Pero si llevo ocho años viendo cómo la realidad se tambalea al paso de mi mujer. Ocho años de nítida bruma, de cotidianidad pasmosa, o, por decirlo con la palabra exacta, de «irrealidad». Y, de nuevo, claro que otra mujer podrá producir algo parecido; pero eso, parecido, atenuado, no con la fuerza suficiente para servir de inspiración. No se hace el fiel retrato de una desconocida por casualidad. Matilde, y no otra, estaba en esa línea. La cuestión era saber cómo había llegado hasta allí.

Y como sigo sin atreverme a preguntar, el descubrimiento ha derivado en una compulsión que me tiene sumergido en la obra de Eder. Dedicó las tardes a espigar sus aforismos: los silabeo, los analizo morfosintácticamente, los miro al trasluz. En definitiva, busco guiños a Matilde. Abro alguno de sus libros al azar y, como el



Guapa

amor es celoso o no es, me castigo: «Estoy ensimismado en ti misma». O mucho peor: «Las mujeres quieren ser miradas por los hombres con respeto, pero con secreta lujuria».

Mira, Ramón...

